

La muerte de Stalin y la lucha por la sucesión.

Joan Estruch

Artículo publicado en Siglo XX Historia Universal, tomo 27.
Editorial Historia 16. Madrid 1984.

Cuando, el 5 de marzo de 1953, se produjo la muerte de Stalin, millones de personas, en la Unión Soviética y en todo el mundo, sintieron una enorme angustia. Sus partidarios vieron súbitamente derribado el pilar fundamental de su ideología, personificada en el «padre de los pueblos». Sus adversarios experimentaron más temor que alegría ante las imprevisibles consecuencias que el acontecimiento podía tener para un mundo en plena *guerra fría*.

Tanto unos como otros comprendieron que con la muerte de Stalin finalizaba toda una era, que las cosas ya no volverían a ser como antes. Nunca en la historia contemporánea la muerte de un hombre había tenido tanta trascendencia, porque nunca se había acumulado tanto poder en una sola mano durante tanto tiempo. A lo largo de casi treinta años, Stalin había sido el dueño absoluto del poder político, económico e ideológico en la Unión Soviética, la segunda potencia mundial; por medio del *Komintern* y la *Kominform* había controlado estrechamente a millones de comunistas de todo el mundo; a partir de la Segunda Guerra Mundial su influencia se había extendido a media Europa y gran parte de Asia.

Como suele ocurrir en los regímenes absolutistas, la desaparición del jefe supremo se recubrió de rumores y misterios. De acuerdo con la versión oficial y el testimonio de su hija Svetlana, el primer ataque de la hemorragia cerebral que habría de acabar con Stalin se produjo en la noche del 1 al 2 de marzo. Al parecer, estuvo varias horas sin recibir asistencia en su *dacha* de Kuntsevo, en las afueras de Moscú. Su dormitorio estaba protegido por una puerta acorazada que

sólo podía abrirse desde dentro, y su guardia personal no se atrevió a forzarla al comprobar que no respondía a sus llamadas. Su manía persecutoria, acentuada en sus últimos años, acabó volviéndose contra él.

Sólo el día 4, cuando su estado se consideró desesperado, los atemorizados dirigentes del Kremlin se atrevieron a comunicar «la retirada temporal del camarada Stalin de la dirección del Partido y del Estado». Tenía paralizada la mitad derecha del cuerpo, había perdido el habla y respiraba con dificultad. Su agonía fue angustiosa. Su hija Svetlana describió así sus últimos momentos:

«De improviso, en el último minuto -no sé si fue así en realidad, no lo recuerdo, si bien es lo que creo- abrió los ojos y dirigió una mirada a todos los asistentes, una mirada extraña, furiosa, llena de temor ante la muerte, así como ante los rostros desconocidos de los médicos que se inclinaban ante él. Su mirada se posó en todos los presentes en una fracción de segundo y, entonces, en un gesto horroroso que aún hoy no puedo comprender ni olvidar, levantó la mano izquierda, la única que podía mover, y pareció como si señalara con ella vagamente hacia arriba o como si nos amenazara a todos. El gesto resultaba incomprensible, pero había en él algo amenazador, y no se sabía a quién ni a qué se refería... Un momento después, el alma, en un último esfuerzo, abandonaba el cuerpo».

Los funerales fueron apoteósicos, dignos del «mayor genio de la humanidad», como se decía, entre otras alabanzas, en el discurso fúnebre pronunciado por Malenkov. En la Plaza Roja y sus alrededores se concentraron cientos de miles de personas, llegadas de todas partes. Algunas murieron aplastadas por la multitud, pero, en general, predominaron el orden y la disciplina habituales en la sociedad soviética.

En el comunicado oficial del día 6 se decía que Stalin había muerto «en su apartamento de Moscú» y no en su *dacha* de Kuntsevo. La inexactitud puede obedecer a que sus asustados sucesores quisieron evitar la indignación de las multitudes que desde el día 4 se concentraban ante el Kremlin creyendo que el idolatrado jefe se encontraba enfermo en la antigua residencia de los zares. En sus últimos años, Stalin apenas salía del recinto del Kremlin, y cuando se trasladaba a su *dacha* lo hacía en secreto, de manera que todo el mundo lo situaba en Moscú.

La falta de veracidad del comunicado, unida al retraso con que fue divulgada la enfermedad de Stalin, suscitó enseguida rumores. Fueron muchos los que creyeron que la muerte del dictador había sido provocada o acelerada por sus «fieles colaboradores». Lo que sí puede afirmarse es que la desaparición de Stalin se produjo en el momento más oportuno para los dirigentes soviéticos, pues les libró de la sangrienta purga que Stalin les preparaba desde hacía tiempo.

En el XIX Congreso del PC soviético, celebrado en octubre de 1952, a pesar de su carácter protocolario, se esbozaron ya algunos conflictos que habrían de producirse después de la muerte de Stalin. El dictador, que tenía setenta y tres años, presentaba un aspecto visiblemente envejecido y sólo hizo uso de la palabra en el acto de clausura. Malenkov le sustituyó en la lectura del informe del Comité Central, el discurso más importante, adoptando así el papel de futuro sucesor. Krushev presentó el segundo discurso en importancia, el relativo a los cambios organizativos en el partido. De ese modo se reveló como un destacado dirigente, todavía muy por debajo de Malenkov, pero en situación de rápido ascenso. Diríase que Stalin, al dar los dos papeles más destacados del Congreso a Malenkov y Krushev, intuía y fomentaba al mismo tiempo la rivalidad que existiría después entre ellos. Carente de novedades en el terreno político, el XIX Congreso adoptó una serie de medidas organizativas de importancia: el Politburó, llamado ahora Presidium, experimentó un masivo aumento de sus componentes. Seguramente Stalin pretendía con ello diluir la influencia de la vieja guardia en una masa de nuevas promociones de cuadros, más dóciles y manejables.

En la misma línea de acoso a la vieja guardia, en la primera reunión del nuevo Comité Central, Stalin atacó a Molotov y Mikoyan, quienes habían perdido sus cargos ministeriales en

1949. Nikita Krushev reveló posteriormente que las vidas de esos dirigentes hubieran peligrado si Stalin hubiera vivido más tiempo. Poco después, a finales de noviembre de 1952, estalló el llamado «complot de los médicos». La plana mayor de los médicos que atendían a los dirigentes del Kremlin, muchos de ellos judíos, fueron detenidos bajo la acusación de intentar envenenar a sus pacientes, entre los que figuraba el mismo Stalin. Al parecer, «la conjura de los asesinos de la bata blanca» no era más que el inicio de una amplia y sangrienta purga dirigida contra la vieja guardia estalinista.

En palabras de Krushev, «parece evidente que Stalin tenía la intención de acabar con todos los antiguos miembros del Buró Político. Declaraba frecuentemente que los miembros del Buró Político debían ser reemplazados por hombres nuevos. Tales propósitos no pudieron llevarse a cabo, pues el dictador murió justamente cuando ponía en marcha la purga contra sus «fieles discípulos».

LA UNIÓN SOVIÉTICA DESPUÉS DE STALIN

Los numerosos cambios que se produjeron en la Unión Soviética tras la muerte de Stalin no responden únicamente a la problemática interna de las elites dirigentes. Al terminar la era estalinista, la sociedad soviética era muy diferente de la de sus comienzos. En sólo unas décadas, la atrasada Rusia zarista se transformaba en la segunda potencia industrial del mundo. Grandes masas de campesinos se habían trasladado a las ciudades, convirtiéndose en obreros industriales. El analfabetismo había sido prácticamente desterrado y el nivel cultural, la preparación técnica y las condiciones sanitarias de la población habían mejorado ostensiblemente.

Estas espectaculares transformaciones, realizadas bajo la férrea dirección de Stalin, habían ocultado o justificado su despotismo y su crueldad ante la opinión pública soviética y mundial.

Pero en sus últimos años el régimen estalinista, excesivamente rígido y burocrático, se había convertido en un obstáculo para el desarrollo de la sociedad. El dogmatismo político e ideológico había conducido a numerosos errores en el campo de la agricultura, la política exterior o la investigación científica. Los ciudadanos soviéticos se habían acostumbrado a obedecer pasivamente y a evitar cualquier crítica o iniciativa. Los obreros industriales vivían sometidos a una durísima legislación laboral que convertía en sabotaje la más leve falta. Los campesinos protestaban de su situación trabajando al mínimo. Los intelectuales y profesionales, la *intelligentsia*, gozaban de ciertos privilegios, pero se verían obligados a mantenerse dentro de los límites de una ortodoxia doctrinal basada en el culto a Stalin. La misma burocracia estatal y del partido, en sus distintos niveles, vivía la angustia permanente de caer en desgracia durante una caprichosa e imprevisible purga.

Nada tiene de extraño que, a la muerte de Stalin, entre gobernantes y gobernados se produjera un amplio y tácito consenso basado en la necesidad de llevar a cabo un proceso de reformas que acabara con los aspectos más negativos del régimen estalinista. La firmeza de este acuerdo de fondo explica que el proyecto reformista acabara imponiéndose sobre todas las resistencias e intentos de dar marcha atrás. Claro está que bajo este común denominador se mantenían importantes diferencias acerca de los ritmos y los límites de la reforma. El más importante era que la desestalinización iba a ser dirigida por los sucesores de Stalin, sus colaboradores durante años.

Esta contradicción se explica teniendo en cuenta que, ya en los años treinta, había sido destruida toda corriente de oposición en el interior del partido, y la gran mayoría de sus cuadros habían sido educados y ascendidos durante el período estalinista. Fuera del partido, la sociedad civil soviética, completamente dominada y absorbida por la maquinaria burocrática, carecía de la vitalidad necesaria para producir cualquier clase de movimiento crítico organizado. La desaparición del «gran jefe» no pudo, por sí sola, desterrar décadas de silencio, recelo y apatía, en las que toda

iniciativa partía siempre de arriba. No existiendo, pues, en la Unión Soviética un impulso reformador que partiera de abajo, la desestalinización forzosamente debía proceder de arriba y por ello iba a ser limitada y gestionada con métodos autoritarios. No ocurrió lo mismo en la periferia del bloque soviético: en Alemania Oriental, Polonia y Hungría la desestalinización tendrá un ritmo violento debido a la movilización popular. Los límites de la reforma se sitúan en el continuismo estalinista, representado por Molotov, por una parte, y la sublevación húngara de 1956, por otra, que amenazó las bases del sistema soviético.

La burocracia dirigente comprendió que ya no podía seguir utilizando la represión como principal instrumento de gobierno, una represión que a menudo se había vuelto contra ella misma. Pero no estaba dispuesta a que las reformas destinadas a crear un mayor grado de consenso social llegaran a poner en peligro los fundamentos del régimen: economía estatalizada, partido único, hegemonía soviética dentro de los países del Este...

LA DIRECCIÓN COLECTIVA

El vacío de poder dejado por Stalin fue enorme. Después de haber eliminado a los bolcheviques más destacados (Trotski, Bujarin, Kamenev, Zinoviev...), el dictador se rodeó de mediocres segundones que se limitaron a manejar una parte de la maquinaria, cuyos últimos resortes estaban siempre en manos del «gran jefe». Además, Stalin había tenido especial cuidado en evitar que alguno destacara demasiado, fomentando la rivalidad entre ellos. A su muerte nadie podía, pues, ocupar su puesto. Ello provocó que durante cuatro años (1953-1957) se produjera un *interregno*, un período en el cual los dirigentes soviéticos desarrollaron una soterrada y a veces virulenta lucha por alcanzar el liderazgo. Pero ni siquiera el vencedor, Krushev, llegó a tener un poder tan grande y sólido como el de Stalin. Sin embargo, no todo lo sucedido en esos años puede interpretarse en términos de rivalidades personales. Se trata más bien de enfrentamientos entre líneas políticas y, sobre todo, entre instituciones.

El temor a reproducir las sangrientas purgas del período estalinista llevó a sus sucesores a acordar tácitamente que a partir de entonces los conflictos entre ellos se resolverían de forma no violenta. Con excepción de Beria, los dirigentes caídos serán degradados, pero conservarán la vida y la libertad. Por otra parte, la ausencia de un sucesor indiscutible impuso un reparto de los poderes que hasta entonces había acumulado Stalin. Malenkov, aparentemente el mejor situado, sólo conservó durante unos días los dos cargos más destacados: primer ministro y primer secretario del Comité Central del partido. Al renunciar a la jefatura del partido por la presión de sus compañeros dejó este importante resorte en manos de Krushev. El resto de los dirigentes (Beria, Bulganin, Molotov, Kaganovich) conservaron sus puestos de vicepresidentes del Consejo de Ministros y miembros del Presidium del partido. Pero este equilibrio inicial no iba a durar mucho tiempo. Tras la fachada de la dirección colectiva, consagrada ahora como principio político fundamental, se desarrollaba una sorda lucha en la que cada dirigente buscaba aumentar su influencia más allá de la esfera que le había correspondido.

A medida que el impulso reformador avanzaba se iba resquebrajando la cohesión de la cúspide dirigente, dividida en tres grandes corrientes. La primera, representada por Molotov, era partidaria de mantener el régimen estalinista, salvo pequeñas concesiones y reajustes. La segunda, encabezada por Malenkov, era la más progresista: pretendía amplias reformas económicas y una profunda liberalización de la vida pública. La tercera, la de Krushev, era de carácter centrista y pragmático. No se diferenciaba demasiado de la segunda en cuanto a sus objetivos, pero defendía ante todo la supremacía del partido en todos los ámbitos de la vida económica, política y social.

La coincidencia inicial entre las tres corrientes permitió poner en marcha una serie de medidas liberalizadoras. La voluntad de marcar distancias respecto del régimen anterior se hizo

palpable inmediatamente después de los funerales de Stalin. Su nombre cayó en un repentino silencio, que contrastaba notablemente con las cotidianas y exageradas alabanzas prodigadas por los medios de comunicación en vida del dictador. Por otra parte, el énfasis puesto en la dirección colectiva implícitamente descalificaba el gobierno unipersonal de Stalin. Apenas unas horas después de su muerte se anunció una amplia reorganización del partido y del Gobierno que vulneraba los acuerdos tomados solemnemente unos meses antes en el XIX Congreso del partido. Los 45 ministerios se fusionaron hasta quedar en 14 y el Presidium elegido en el mismo Congreso quedó reducido a un tercio de su tamaño.

Las medidas destinadas a ganarse la confianza de los ciudadanos se sucedieron con rapidez: el 27 de marzo se anunció una amnistía que beneficiaba a la mayor parte de los condenados a menos de cinco años y reducía las penas de los demás, las madres con hijos, los enfermos y ancianos, así como los menores de dieciocho años fueron liberados independientemente de la naturaleza de su delito y de la duración de su condena. Era un duro golpe moral contra el estalinismo. La amnistía representaba una voluntad de superar el pasado y al mismo tiempo constituía una denuncia implícita del régimen anterior, responsable del encarcelamiento de niños, enfermos y ancianos. El 31 de marzo se decretó una importante reducción de los precios de los productos básicos. En materia económica, Malenkov proclamó la necesidad de mejorar el nivel de vida de la población dando prioridad a la industria de bienes de consumo. Se atacaba con ello la tradicional hegemonía de la industria pesada, uno de los dogmas económicos del estalinismo.

LA CAÍDA DE BERIA

Aunque no tan espectaculares, las reformas más decisivas afectaron a la columna vertebral del régimen estalinista, el aparato represivo. La principal preocupación de los sucesores de Stalin fue desde el primer momento limitar los poderes de la Policía política y someterla a su dirección, acabando con la autonomía de que habían gozado en la época estalinista. Aprovechando la reorganización ministerial, el ministerio de Seguridad del Estado fue fusionado con el del Interior. Beria fue colocado al frente del nuevo departamento.

Poco después fueron liberados y rehabilitados los médicos del Kremlin. Beria anunció que el «complot de los médicos» había sido un engaño y que las confesiones de los acusados habían sido arrancadas mediante tortura. Se trataba de una denuncia pública de los métodos usuales en el período estalinista. Ignatiev, ex ministro de Seguridad y organizador de las falsas acusaciones contra los médicos, fue destituido de sus cargos. Algunos de sus subordinados terminaron siendo detenidos y posteriormente ejecutados.

Pero el principal golpe contra el aparato represivo se produjo semanas después, cuando el 10 de julio la prensa soviética publicó un comunicado que anunciaba la destitución y detención de Beria bajo la acusación de «manejos criminales a favor del capitalismo extranjero». La sorpresa fue enorme en todo el mundo, y aún hoy no están suficientemente aclarados los móviles y el desarrollo del caso. Es probable que el desencadenante de la caída de Beria fuera la sublevación obrera de Berlín, sofocada por tropas soviéticas días antes. Su destitución sirvió a los dirigentes del Kremlin para presentarlo como el principal responsable de la política estalinista, muy impopular en los países del Este.

Lavrenti Beria había nacido en 1899 en Georgia, como Stalin. Desde su ingreso en 1917 en el partido bolchevique se había dedicado a tareas represivas. Sustituyó a Yezov, en 1939, al frente de la Policía política, acabando con la gran purga iniciada en 1936 y depurando a los que la habían comenzado. Ello proporcionó su fama de liberal, a pesar de su cargo. En sus últimos tiempos, Stalin no lo miraba con buenos ojos. Parece ser que la purga desencadenada en 1951 contra los partidarios de Beria en Georgia estaba destinada a socavar su poder antes de lanzarse contra él mismo. Después

de la muerte del dictador se alineó con Malenkov, apoyando las medidas liberalizadoras del nuevo Gobierno.

Su caída no parece ser, pues, la derrota de una línea política conservadora, sino un golpe contra el aparato represivo. Durante la época de Stalin, los Servicios de Seguridad gozaron de un poder y una autonomía enormes, pues dependían directamente del dictador y actuaban prácticamente sin control judicial. Beria, aunque defendía la política liberalizadora, pretendía mantener la autonomía del aparato represivo. Su liquidación supuso el retroceso definitivo del poder policial y su subordinación al Gobierno y al partido. Por otra parte, supuso también un debilitamiento de Malenkov, privado de uno de sus principales apoyos, en beneficio de Krushev.

El asunto Beria puede ser considerado como la última purga de estilo estalinista. Como en los viejos tiempos, se le acusó de ser un espía imperialista que había comenzado sus actividades nada menos que en 1919. Según la versión oficial, fue juzgado a puerta cerrada a mediados del mes de diciembre. El día 24 la prensa comunicó que había sido condenado a muerte y ejecutado el mismo día. Antes había firmado una confesión reconociendo todos los crímenes que se le imputaban. Sin embargo, versiones oficiosas aseguraron que ya había sido fusilado mucho antes de su enjuiciamiento. No faltan rumores que afirman que fue asesinado por algunos de sus colegas durante una reunión del Presidium. Persiste aún la oscuridad que rodeó todo lo relacionado con el caso.

EL ENFRENTAMIENTO MALENKOV-KRUSCHEV

La progresiva confrontación entre Malenkov y Krushev no representa, como puede parecer a simple vista, el choque entre el ala conservadora y el ala progresista del partido. Se trata más bien de la tradicional competencia entre el aparato estatal y el del partido.

Durante el período estalinista, el partido había sido duramente golpeado por las purgas y debilitado en beneficio de la burocracia estatal y los órganos de seguridad. Krushev acaudillaba la opción de los defensores de la hegemonía del partido sobre las demás instituciones y aparatos del Estado. Siendo ésta la razón profunda del enfrentamiento, nada tiene de extraño que Malenkov defendiera opciones a veces más progresistas que las de Krushev o que éste se aliara con los estalinistas para debilitar a su rival.

En más de una ocasión los desacuerdos entre ambos respondieron más a una necesidad de diferenciación y confrontación que a sólidas diferencias estratégicas.

La política económica de Malenkov se basaba en dar prioridad a la industria ligera, destinada a la producción de bienes de consumo. Es difícil precisar hasta qué punto se trataba de una opción programática o de una medida coyuntural, dirigida a ganarse la simpatía de la población. Aunque esta política no se tradujo en grandes transformaciones del aparato productivo, pronto provocó recelos. A finales de 1954 se produjo una campaña orientada a alertar al Ejército de los riesgos que provocaría una disminución del tradicional peso de la industria pesada, de la que dependía la producción de armamentos. Poco después, a principios de 1955, Krushev realizó un llamamiento en favor de la industria pesada, consiguiendo la mayoría en el Presidium gracias al apoyo de la vieja guardia estalinista. Sin embargo, una vez derrocado su rival, Krushev volvería a hacer concesiones a los consumidores, lo cual demuestra su pragmatismo y su gran capacidad de maniobra.

La política agrícola pronto se convirtió en otro de los caballos de batalla en la lucha por el poder. A la muerte de Stalin, la agricultura soviética se encontraba en una situación lamentable. Todavía se arrastraban las consecuencias de la colectivización forzosa (1929-1934) y de la devastación provocada por la Segunda Guerra Mundial. Además, la política autoritaria de Stalin respecto del campesinado impedía un aumento de la producción. Tanto Malenkov como Krushev

coincidían en señalar que había que dar mayores incentivos a los campesinos y flexibilizar la rígida planificación agraria. Con este fin se tomaron una serie de medidas, como el aumento de los precios en las entregas obligatorias al Estado, la reducción de los impuestos a las parcelas o cabezas de ganado privadas, la condonación de las deudas de las granjas colectivas al Estado, etcétera.

En el terreno administrativo, Krushev, principal responsable en materia agrícola, impulsó una serie de reformas que recortaron la capacidad de decisión de los planificadores vinculados a la maquinaria estatal central. Al mismo tiempo, los órganos del partido a nivel regional y local aumentaron su grado de intervención en las granjas colectivas.

Sin embargo, el acuerdo inicial entre Malenkov y Krushev sobre política agraria se rompió cuando éste, en febrero de 1954, planteó un ambicioso plan dirigido a cultivar extensas áreas de tierras vírgenes en las repúblicas asiáticas. Malenkov se opuso al proyecto insistiendo en la necesidad de intensificar la producción de las zonas ya cultivadas. Es probable que en esta oposición influyera el recelo ante el creciente protagonismo de Krushev. Los planificadores económicos, descontentos con la reducción de sus atribuciones, y la vieja guardia estalinista, que miraba con desconfianza las innovaciones radicales, se opusieron igualmente a Krushev, que perdió así la mayoría en el Presidium.

Pudo salvarse providencialmente gracias a que las reformas emprendidas, ayudadas por un buen año agrícola, redundaron en un aumento importante de la producción, del orden del 200 por 100 en las zonas recientemente colonizadas. Este éxito inicial convirtió el proyecto de Krushev en una de las iniciativas prioritarias de la economía soviética. Con ayuda de miles de jóvenes voluntarios, en sólo tres años, entre 1953 y 1956, la superficie cultivada aumentó en casi 36 millones de hectáreas, extensión equivalente al total de la tierra cultivada entonces en Canadá. Aunque más tarde aparecerían numerosos inconvenientes derivados de la precipitación y la ambición excesivas, no cabe duda de que se trata de la empresa agrícola más importante de la Historia universal.

La política exterior soviética del período postestalinista experimentó también espectaculares cambios. Pero en este terreno no se produjo confrontación entre Malenkov y Krushev, que estaban de acuerdo en impulsar la distensión en todos los frentes. La resistencia provino de Molotov, que desde su puesto de ministro de Asuntos Exteriores trataba de mantener la política de dureza de los años de la *guerra fría*. A pesar de ello, en un tiempo extraordinariamente breve se abordaron los principales contenciosos legados por Stalin.

Semanas después de su muerte se reanudaron las negociaciones para lograr un armisticio en Corea, que se firmó el 27 de julio del año 1953, poniendo fin a un conflicto que amenazaba la paz mundial. Un año después se firmó el armisticio en Indochina, con lo que, al menos temporalmente, se produjo la pacificación de Asia. Al mismo tiempo se inició un acercamiento a los países neutralistas (India) y al mundo árabe. El nuevo rumbo de la política exterior soviética chocó con mayores obstáculos en su área de influencia. El temor ante los disturbios de Berlín y algunas zonas de Polonia y Checoslovaquia favoreció el mantenimiento en sus puestos de los «pequeños Stalin» de las democracias populares (el alemán Ulbricht, el romano Dej, el búlgaro Chervenkov, el polaco Bierut), quienes trataron de adaptarse a las nuevas orientaciones de la política soviética.

En los dos años siguientes a la muerte de Stalin, mientras el poder de Malenkov iba debilitándose, el de Krushev crecía sin cesar. Su ascenso puede seguirse observando los distintos tratamientos protocolarios que fue recibiendo, cuestión de gran importancia política en la Unión Soviética. A la muerte de Stalin, Krushev era sólo uno de los secretarios del Comité Central del partido; a partir de septiembre de 1953 se le empieza a llamar «primer secretario» y luego «Primer secretario»: leves, pero significativos indicios de su creciente importancia.

A principios de 1955, Krushev había socabado ya el poder de Malenkov y se encontraba en condiciones para desembarazarse de él. Su caída, en forma de dimisión, se produjo el 8 de febrero a

raíz de una reunión del Presidium del Soviet Supremo. Las razones aducidas para el cese hacían referencia a la inexperiencia de Malenkov en la gestión de la economía: se le atribuían errores en la política agrícola y haber pretendido anteponer la industria ligera a la pesada.

La dimisión de Malenkov estableció un importante precedente: no hubo violencia y se mostró especial cuidado en dar una apariencia de normalidad legal e institucional. No se le encarceló ni se le obligó a confesar delitos inverosímiles del tipo «espía, agente imperialista, etcétera», como en tiempos de Stalin, se le nombró ministro de centrales eléctricas y mantuvo su puesto en el Presidium del partido. A partir de entonces, las sangrientas purgas del período estalinista quedaron convertidas en un triste recuerdo.

Malenkov fue sustituido por Nikolai Bulganin, mariscal y ministro de Defensa en 1948-49, aunque procedía de las filas del partido. Durante la discusión sobre la política industrial había prestado a Krushev el apoyo de las Fuerzas Armadas, que obtuvieron también el cargo de ministro de Defensa para el mariscal Zukov, el conquistador de Berlín. Los militares, tradicionalmente marginados por Stalin, «el generalísimo», obtuvieron así un protagonismo político poco duradero, como resultado de su alianza coyuntural con Krushev. Sin embargo, la institución que salió más beneficiada fue el partido, que con la caída de Malenkov había hecho retroceder el peso en la burocracia estatal.

Pero la posición de Krushev todavía no era muy sólida. Carecía de apoyos duraderos en el Presidium, el cual permanecía sin grandes cambios desde la muerte de Stalin. Si sus miembros se hubieran puesto de acuerdo en una plataforma de oposición, hubieran podido deshacerse de él cuando su poder todavía no era muy grande. Pero no existía una oposición estable a Krushev, pues sus rivales presentaban demasiadas diferencias entre sí y esto le daba mayor margen de maniobra. De hecho, entre 1953 y 1957, ninguno de los sectores pudo lograr un dominio sólido del Presidium. Las mayorías y minorías resultantes tendrían un carácter coyuntural. Esta situación inestable hizo que Nikita Krushev tratara de arrinconar a sus oponentes mediante un golpe de efecto que le permitiera alzarse con el liderazgo.

EL XX CONGRESO

Este congreso, celebrado del 14 al 25 de febrero de 1956, es justamente célebre por la enorme trascendencia que tendría en los países socialistas y en el movimiento comunista. En él se formularon nuevas y audaces propuestas que transformaron la línea política de los partidos comunistas y consagraron la desestalinización emprendida en la Unión Soviética.

La política interna liberalizadora necesitaba desarrollarse en un contexto internacional estable y pacífico. El sistema estalinista había legitimado la represión y el despotismo apelando a la necesidad de mantener a la población en constante tensión ante el acoso del enemigo interior y sus «agentes» en el interior. El clima de *guerra fría* había, indudablemente, favorecido el mantenimiento del régimen autoritario de Stalin. Por el contrario, la teoría de la coexistencia pacífica entre el sistema capitalista y el socialista trataba de disminuir la tensión político-militar internacional reconociendo las respectivas áreas de influencia soviética y norteamericana y canalizando la competencia hacia el terreno económico.

La distensión internacional permitiría a la Unión Soviética sustraer recursos económicos de la industria de guerra y dedicarlos a un rápido desarrollo que en poco tiempo alcanzara y superara el nivel de los Estados Unidos. El objetivo era nada menos que alcanzar el comunismo a medio plazo, realizando el sueño de los pensadores utópicos de todos los tiempos.

Derivada de esta tesis era la posibilidad de que los partidos comunistas llegaran al poder e instauraran el socialismo de manera pacífica; es decir, mediante un triunfo electoral. Aunque ya en la táctica de Frente Popular se encontraban implícitas las premisas de esta propuesta, su

explicitación suponía la ruptura definitiva con la táctica bolchevique de tipo insurreccional, considerada hasta entonces como un dogma en el movimiento comunista internacional y una de sus señas de identidad que le diferenciaban de los socialistas y los socialdemócratas.

El papel de los partidos comunistas del área occidental sufrió una importante transformación como resultado de la nueva política soviética. Hasta entonces, su papel se había reducido al de guardianes de la fortaleza soviética, una vez que se abandonaron los intentos de revolución mundial. Durante la *guerra fría* su alineamiento incondicional les había hecho perder credibilidad nacional. El precio que habían pagado era enorme: con excepción del PC italiano, dirigido por Togliatti, los partidos comunistas de Europa occidental habían perdido casi la mitad de su militancia y de su influencia electoral. A pesar de esta crítica situación, sus dirigentes estaban paradójicamente menos predispuestos a la renovación que los soviéticos. Estos poseían a Beria y a Stalin como chivos expiatorios sobre los que descargar todo el peso del pasado. En cambio, los «pequeños Stalin» de los partidos comunistas occidentales, comprometidos a fondo con la política estalinista, se encontraban evidentemente incómodos frente a una revisión a fondo del pasado. Expresión de esta actitud es la de Thorez, el dirigente del PC francés, que se alineó con el ala más dura del PC soviético opuesta a Krushev.

La Unión Soviética no necesitaba ya, como en tiempos de la *guerra fría*, de partidos fieles que en cada país defendieran a ultranza su política exterior. Cada partido, aunque compartiera el modelo de sociedad vigente en la Unión Soviética y apoyara las iniciativas generales de su política, debía encontrar su propio camino, el más adecuado a las particulares condiciones nacionales. Ello no significaba el fin del liderazgo del PC soviético sobre los demás partidos comunistas, sino una relativización de su papel internacional. El «policentrismo» del movimiento comunista, es decir, la mayor autonomía de los partidos comunistas respecto del «partido guía», más que una conquista de esos partidos fue una consecuencia no buscada de los nuevos planteamientos del XX Congreso.

Quedaba así consagrada la que hasta entonces había sido la «herejía» yugoslava: la diversidad de vías para llegar y construir el socialismo. Los partidos comunistas de todo el mundo se encontraron, pues, con una mayoría de edad que nunca hasta entonces se les había ocurrido reclamar por considerarla una desviación del «internacionalismo proletario», entendido como la fidelidad incondicional a la Unión Soviética.

Algunos partidos comunistas, especialmente el italiano, asimilaron rápidamente la nueva orientación. Sólo unos meses después del XX Congreso, Togliatti se atrevió a declarar públicamente que «el modelo soviético no puede y no debe ser ya obligatorio y que en el movimiento comunista no puede hablarse de una guía única, sino más bien de un progreso que se realiza siguiendo caminos a menudo diferentes». Estaban ya puestos los fundamentos de lo que más adelante se denominaría eurocomunismo.

EI INFORME SECRETO SOBRE STALIN

Como lógica consecuencia de todos estos cambios, en abril de 1956 fue disuelta la *Kominform*, fundada en 1947 para coordinar la acción de los partidos comunistas de las «democracias populares» y de los dos más importantes de Europa occidental, el PC francés y el PC italiano. Esta organización, que desde la muerte de Stalin arrastraba una vida lánguida, no tenía ya razón de ser después del XX Congreso.

El hecho más espectacular del XX Congreso se produjo en la tarde del 24 de febrero de 1956, cuando Krushev leyó a puerta cerrada su Informe secreto sobre Stalin a los delegados soviéticos. Pocas veces en la Historia contemporánea un documento ha tenido tanta trascendencia.

El origen y el proceso de elaboración del Informe secreto nos es bastante bien conocido gracias a las *Memorias* de Krushev, publicadas en Occidente a principios de los años setenta. De

acuerdo con ellas, el Informe se gestó en la fase preparatoria del XX Congreso, en cuyo orden del día oficial no figuraba ningún punto referente a Stalin.

Sin que entonces trascendiera al exterior, Krushev llevó al Presidium del partido la propuesta de formar una comisión que investigara la actuación de Stalin y elaborara un informe sobre este asunto. La propuesta chocó con la resistencia de la vieja guardia estalinista (Molotov, Vorochilov, Kaganovich), pero pudo ser aprobada gracias al apoyo de otros miembros del Presidium no tan vinculados con el pasado (Bulganin, Saburov, Pervulin, Kirichenko, Suslov). Hay que señalar que este resultado no significa que Krushev dispusiera ya de una mayoría sólida en el Presidium, pues un año más tarde varios de los que le habían apoyado en la cuestión del Informe se aliarían con los estalinistas para intentar destituirlo.

Las informaciones recogidas por la comisión investigadora constituyeron un material escandaloso. Cuando se planteó la conveniencia de presentar al Congreso los resultados de la investigación, la discusión en el interior del Presidium adquirió un tono más agrio. El grupo estalinista consideraba que el Informe acabaría perjudicándoles por su vinculación con Stalin y que las consecuencias políticas podían ser muy negativas. Alegaban también que no había ninguna necesidad de airear los crímenes de Stalin. Vencidas por escaso margen estas posiciones, se encargó al presidente de la comisión, Pospelov, que redactara el Informe que iba a ser difundido en el Congreso. Ironías de la historia: Pospelov había sido un destacado estalinista, uno de los autores de la *Biografía abreviada* de Stalin, típico ejemplo de «culto a la personalidad».

Cabe preguntarse por qué Krushev presionó tanto para llevar adelante el Informe, jugándose el todo por el todo en una iniciativa tremendamente conflictiva y de resultados imprevisibles. Por otra parte, Krushev siempre se había caracterizado por su pragmatismo, por su escaso interés por las cuestiones ideológicas. Si se arriesgó tanto arremetiendo contra la memoria de Stalin fue para asestar un golpe definitivo a la vieja guardia estalinista. Atacar a Stalin significaba atacar a sus más caracterizados colaboradores, que seguían teniendo hasta buena parte del poder. Hay que reconocer, sin embargo, el mérito histórico de Krushev. Sin su decidida intervención, el Informe nunca hubiera visto la luz y, en consecuencia, la desestalinización hubiera sido mucho más limitada.

Las circunstancias que rodearon la difusión del Informe secreto le rodearon de una aureola de misterio. El carácter secreto del documento hizo que se prohibiera a los 1.436 delegados soviéticos del Congreso hablar de su existencia o divulgar su contenido. Al finalizar su lectura, Krushev advirtió: «Ninguna información deberá filtrarse al exterior; la prensa no podrá ser informada. Por eso examinaremos a puerta cerrada este problema en el Congreso. No debemos proporcionar municiones al enemigo; no debemos lavar nuestra ropa sucia ante sus ojos».

Los delegados de los principales partidos comunistas del mundo conocieron el Informe de una manera no menos misteriosa: dos funcionarios del partido soviético se presentaban en la habitación del jefe de la delegación y le entregaban un ejemplar del Informe, en ruso, para que lo leyera y lo entregara a la mañana siguiente. Era libre de informar o no al resto de los delegados.

Resulta sintomática la actitud de Togliatti. Tras leer el Informe directamente, gracias a su conocimiento de la lengua rusa, optó por no informar a sus compañeros de la delegación del PC italiano. Cuando éstos le interrogaron acerca de lo que había leído, respondió que se trataba de cuestiones sin importancia. El líder italiano había percibido enseguida el carácter explosivo del documento y prefirió esperar con cautela el desarrollo de los acontecimientos.

Después del XX Congreso, el Informe fue dado a conocer a las organizaciones del PC de la Unión Soviética. A pesar de las precauciones y prohibiciones, una difusión tan amplia hizo inevitables las filtraciones. La primera información, bastante inexacta, sobre el documento apareció en el *New York Times* el 16 de marzo. Después fueron apareciendo informaciones y resúmenes más o menos amplios en la prensa occidental y en la del Este.

STALIN, RESPONSABLE

Sin embargo, el texto auténtico y completo no se conoció hasta el día 4 de junio, cuando el *New York Times* lo reprodujo íntegramente. Al parecer, había sido comprado por la CIA en Varsovia, donde circulaban algunas copias obtenidas del ejemplar enviado por los soviéticos a la dirección del PC polaco. Hay que señalar que las autoridades norteamericanas vacilaron sobre la conveniencia de publicar el Informe. El embajador estadounidense en Moscú desaconsejó su publicación, porque consideraba que ello favorecería a los dirigentes soviéticos.

¿Por qué tanto misterio? ¿Qué decía el Informe secreto? En sustancia, se trata de una virulenta requisitoria contra Stalin. Krushev comienza su ataque contrastando la modestia de Lenin con el endiosamiento de Stalin. De esta forma, el rechazo de Stalin iba acompañado de una compensatoria recuperación de Lenin. Stalin siempre se había presentado como el más fiel continuador de Lenin, pero ahora Krushev los convertía en dos figuras contrapuestas y antagónicas.

Seguidamente, el Informe pone al descubierto «la intolerancia, la brutalidad y el abuso de poder» de Stalin a partir de 1934, cuando se puso en marcha la gran purga que diezmó la vieja guardia bolchevique. Krushev reconoce que «la mayoría de las víctimas no eran espías ni saboteadores ni enemigos, sino comunistas íntegros» y que «sus confesiones les fueron arrancadas mediante bárbaras torturas».

Luego ataca otro de los puntales de la gloria de Stalin, «el capitán más grande de la historia», acusándole de ser el principal responsable de los devastadores efectos del ataque por sorpresa de los alemanes en junio de 1941. Según Krushev, Stalin desoyó todos los avisos que desde distintos puntos le fueron enviados anunciándole la inminencia de la invasión alemana. En otro apartado, Stalin es considerado autor de «genocidios, de masivas deportaciones de pueblos enteros». El «culto a la personalidad» de que fue objeto es atribuido a su soberbia sin límites.

Termina Krushev alegando que los dirigentes del partido, entre los que se encontraba él mismo, no pudieron actuar contra tantos abusos y crímenes por hallarse amenazados y porque Stalin actuaba sin informarles ni consultarles. Aunque Beria es el único colaborador de Stalin señalado como cómplice de sus acciones criminales, es evidente que el Informe desprestigiaba ampliamente a líderes que, como Molotov, se habían destacado en el régimen anterior.

En sólo unas horas, Stalin, la encarnación de unos ideales a los que millones de personas de todo el mundo habían consagrado sus vidas, se había convertido en un tirano lleno de soberbia, en un déspota sanguinario. No es que los crímenes de Stalin no fueran conocidos hasta entonces. Trotski y sus seguidores no habían cesado de denunciarlos, pero no habían encontrado mucho eco en grandes sectores de la opinión pública occidental, ni tampoco entre la izquierda no estalinista.

El desconocimiento de la realidad soviética y la labor de propaganda de los partidos comunistas habían conseguido extender el mito Stalin a Occidente, donde, en general, se le consideraba un gobernante enérgico y eficaz, que había contribuido decisivamente a la derrota de Hitler. El Informe secreto tuvo un efecto demoledor mucho mayor que la suma de todos los ataques lanzados hasta entonces contra Stalin. El hecho de que se autor fuera el propio jefe del PC soviético no dejaba ningún resquicio para defender la memoria del dictador.

Claro está que Krushev realizó su ataque cuidando de situarlo dentro de unos límites muy precisos. La cronología se había ajustado a sus conveniencias: al colocar el comienzo de las fechorías de Stalin en 1934, Krushev trataba de evitar la rehabilitación de los líderes antiestalinistas derrotados con anterioridad a ese año: Trotski, Bujarin, etcétera. Para Krushev, Stalin había actuado correctamente al enfrentarse con ellos. Tampoco resulta muy verosímil su pretensión de que los dirigentes del partido desconocían las actuaciones de Stalin o no podían hacer nada por evitarlo.

Pero, sobre todo, la principal limitación del Informe consiste en que Stalin queda como el único responsable de una serie de hechos cuya amplitud y persistencia habían marcado profundamente la sociedad soviética. Sin embargo, de creer a Krushev, resultaría que únicamente Stalin y Beria eran los responsables de todo. El partido, la maquinaria estatal, el conjunto de la sociedad, habrían salido milagrosamente incontaminados después de treinta años de estalinismo. Nótese que Krushev habla siempre de Stalin individualmente, no como cabeza visible de un sistema político-social. Con gran lucidez, Togliatti señaló poco después del XX Congreso: «Lo que hoy más importa es responder correctamente con un criterio marxista a la pregunta acerca de cómo se entrelazaron los errores que hoy se denuncian con el desarrollo de la sociedad socialista».

FIN DEL INTERREGNO

Los efectos de la destrucción del mito de Stalin no se hicieron esperar. El título de una novela publicada en este período, *El deshielo*, de Iliá Ehrenburg, puede servir para expresar el nuevo clima moral, lleno de esperanza. Uno de los personajes de la novela se pregunta: «¿Quién puede imaginarse, en invierno, lo que hay debajo de la nieve?» Y, en efecto, la sociedad soviética vivió unos momentos de libertad desconocida hasta entonces, inimaginable en el período estalinista. Numerosos prisioneros fueron liberados, suprimiéndose los campos de concentración. Se rehabilitó póstumamente a muchas víctimas del estalinismo. La historia del PC soviético y de la URSS fue revisada y numerosos textos literarios e históricos, hasta entonces censurados, vieron la luz. Entre ellos, el denominado «testamento de Lenin», en el que el líder bolchevique advertía, poco antes de morir, sobre la peligrosidad de Stalin.

Pero si la sociedad soviética respiró aliviada tras treinta años de silencio y de miedo, el Informe secreto dio lugar a una enorme efervescencia en las «democracias populares». En Polonia las movilizaciones fueron canalizadas pacíficamente por Gomulka, que al asumir la jefatura del PC polaco logró, gracias a su popularidad, un precario equilibrio entre las demandas populares y las exigencias soviéticas. Pero en Hungría la presión de las masas se desbordó convirtiéndose en una insurrección que fue sofocada violentamente por las tropas soviéticas a principios de noviembre.

Estos acontecimientos favorecieron a los sectores estalinistas, que achacaron lo sucedido a la política liberalizadora de Krushev. De manera inevitable se produjo un endurecimiento político e ideológico. Por un momento, pareció que el fantasma de Stalin se cernía sobre las conquistas de la política liberalizadora. El momento fue aprovechado por los estalinistas para lanzar una ofensiva en toda regla contra Krushev.

Gracias al impacto psicológico provocado por el Informe secreto, Krushev había conseguido mejorar su posición en los órganos dirigentes del partido. Los cinco nuevos miembros del Presidium elegidos en el XX Congreso eran en aquel momento partidarios suyos. En junio, Molotov perdió su cargo de ministro de Asuntos Exteriores.

Pero el enfrentamiento definitivo entre Krushev y sus oponentes, latente desde 1953, no estalló hasta mediados de 1957. El tema en discusión era de carácter económico. Krushev proponía una amplia descentralización de la economía, dando mayor autonomía a las regiones en cuanto planificación y gestión. Era una forma de reducir el poder de la maquinaria estatal centralizada en Moscú en favor de las organizaciones locales y regionales del partido.

Para dar idea de la magnitud de la reforma baste decir que afectaba a la mitad de la población activa de la URSS.

De un plumazo, Krushev pretendía acabar con las estructuras económicas rígidamente verticales de la época estalinista y sustituirlas por otras de tipo horizontal. La planificación económica desde arriba iba a ceder su poder en beneficio de la iniciativa desde abajo. La propuesta iba acompañada de un ambicioso plan para superar en cuatro años la producción de carne y

productos lácteos de los Estados Unidos. Con este plan Krushev recuperaba las consignas de Malenkov, orientadas a aumentar el nivel de consumo de la población.

La trascendencia de las medidas propuestas hizo que el núcleo de los estalinistas se viera reforzado en su oposición a Krushev por otros sectores descontentos: los planificadores económicos, la burocracia estatal, directores de empresa, etcétera, que veían en peligro su posición. Hay que tener en cuenta que desde 1953 unos 900.000 burócratas habían perdido su puesto.

Al aunar sus fuerzas, la oposición logró una amplia mayoría en el Presidium del partido. De sus once miembros, sólo dos apoyaban a Krushev: Mikoyan y Kirichenko. Suslov se mantenía neutral y el resto le era desfavorable. El Consejo de Ministros estaba también ampliamente dominado por la oposición. En las reuniones del Presidium celebradas del 18 al 22 de junio, Krushev estuvo en franca minoría y a punto de ser destituido. La alternativa de la oposición era colocar a Molotov al frente del partido y a Malenkov en la jefatura del Estado.

Cuando más apurada era su situación, Krushev contraatacó consiguiendo llevar la discusión al Comité Central, órgano en el que tenía amplia mayoría gracias al apoyo de los dirigentes locales y regionales. El mariscal Zukov vino en ayuda de Krushev poniendo aviones militares a disposición de los miembros del Comité Central que residían en regiones alejadas para que pudieran desplazarse rápidamente a la capital. Cuando el día 22 de junio se reunió el Comité Central, 380 de los 390 asistentes apoyaron a Krushev y condenaron a la oposición. La resolución aprobada calificaba a los oponentes de «prisioneros de ideas y métodos antiguos», de «dogmáticos y sectarios», afirmando que la política de Krushev era la única en consonancia con el XX Congreso.

Krushev pudo por fin desembarazarse de sus rivales, aunque de forma incruenta. El llamado «grupo antipartido» (Molotov, Malenkov, Kaganovich y Saburov) fue apartado del Presidium y del Comité Central. Molotov fue enviado como embajador a Mongolia; Malenkov, nombrado director de una central hidroeléctrica en Kazajstán, y Kaganovich, director de una fábrica de cementos en los Urales. Más adelante, Krushev se desharía del primer ministro, Bulganin, y del mariscal Zukov, acentuando así la hegemonía absoluta del partido sobre todas las instituciones del Estado. En febrero del año 1958 se convertiría en primer ministro, conservando su cargo de primer secretario del partido.

Terminaba así el interregno abierto con la muerte de Stalin. Las luchas entre sus sucesores habían sido expresión de la competencia entre distintos aparatos e instituciones provocada por la desaparición del dictador, el único elemento que las cohesionaba. El triunfo de Krushev supuso la consolidación y la reafirmación de la hegemonía del partido. Su política pragmática y centrista le permitió maniobrar e imponerse sobre sus adversarios. Pero, a un nivel más profundo, el resultado final de las luchas producidas durante el interregno fue la superación, no exenta de traumas e insuficiencias, de todo un período histórico marcado por el miedo y el dogmatismo.

BIBLIOGRAFÍA

P. Broué, *El Partido bolchevique*, Madrid, 1974. E. Crankshaw, *Krushev*, Barcelona, 1969. I. Deutscher, *Rusia, China y Occidente*, México, 1970. *La década de Krushev*, Madrid, 1971. *Rusia después de Stalin*, Barcelona, 1972. F. Fetja, *Historia de las democracias populares*, Barcelona, 1971. N. Krushev, *Souvenirs*, París, 1971. *Informe secreto sobre Stalin*, Madrid, 1977. B. Lazitch, *Le rapport Khrouchtchev et son histoire*, París, 1976. A. Nove, *Stalinism and after*, Londres, 1975. R. W. Pethybridge, *Historia de Rusia en la postguerra*, Madrid, 1968. Svetlana Stalin, *Rusia, mi padre y yo*, Barcelona, 1967. P. Togliatti, *Escritos políticos*, México, 1971. A. B. Ulam, *Stalin*, Barcelona, 1975.